



Ponente

VÍCTOR OCHEN¹

Fundador de la *African Youth Initiative Network*.

Premio Mundo Negro a la fraternidad 2015

Es un placer verte de nuevo. Hola a todos. Estoy encantadísimo de estar de vuelta en España hoy. Siempre me he sentido como en casa, siempre me he sentido querido porque, siempre que estoy aquí, siento que mi voz es escuchada y está en los corazones de las personas que viven en España de forma única. Y me hace sentir muy feliz ver que yo esté aquí siempre. Especialmente, nos ayuda a reflexionar, celebrar y pensar cómo podemos contribuir al mundo a su paz y a su seguridad.

Pido perdón porque mi español aún no es suficientemente bueno. Espero que dentro de poco pueda mejorarlo para que, la próxima vez que esté aquí, pueda hablar sin problemas en español.

Es realmente un honor para mí que me hayan invitado de nuevo. Quiero agradecerlo muchísimo a los organizadores del Congreso y, de una forma especial, al Presidente de la ACdP, Carlos, junto con su equipo. Evidentemente, también quería darle las gracias al director del congreso, Rafael Ortega, que habló conmigo por teléfono. Habíamos tenido problemas para entendernos, porque mi español era muy malo y su inglés está mejorando... Estoy encantado de que haya hecho el esfuerzo de traerme hoy aquí y, evidentemente, a su excelencia, al nuncio Renzo Fratini. Es un placer poder compartir este espacio y la sala con todos ustedes y, lo que es más importante, poder conocer a nuevos hermanos y hermanas en esta lucha.

Este año, como he oído en el mensaje, se habla de dónde están las personas con respecto a nuestra fe; dónde están los seres humanos en nuestro servicio a Dios. Y estoy muy contento. He volado hoy desde Riad. Estuve allí los dos últimos días. Como sabemos, en la región del Oriente Medio Arabia Saudí es un país que está involucrado en muchas crisis, con muchos países a sus alrededores, como Yemen, y nuestro mensaje desde ayer en Arabia Saudí fue (y siempre queremos recordar) que pedimos un liderazgo que traiga paz no solamente en nuestra nación, sino también en los países vecinos. Así que

¹ Transcrito por audición.

estoy realmente muy contento de estar aquí y poderme unir a este Congreso en esta ocasión tan especial en su XIX aniversario.

Siento que cuando vengo aquí no vengo como experto ni como luchador de los temas de los que hablo, sino como uno de nosotros que está en ese sur global, que es África, haciendo algo de trabajo; y espero no dar una clase magistral ni ninguna enseñanza académica, sino que quiero compartir mi experiencia viviendo, trabajando en la lucha diaria de ayudar a nuestro pueblo que sufre, y a todas las personas por las que nos preocupamos.

He visto en los discursos que se han dado antes, incluyendo el mensaje del Papa, que siempre tenemos que darle voz a aquellos que no tienen voz, a los pobres, y tenemos que servir siempre a Dios. He de decir que estar aquí me hace sentir un honor y una gratitud enorme. Y vengo a compartir con el Congreso lo que creo que nos hará comprender el mundo de hoy. Cuando hablamos de violencia, de sufrimiento, de las realidades de desgracia que vemos en el mundo, ¿qué es lo que tenemos en mente? Rezamos y no sabemos si rezar o hacer las cosas que hacemos para ayudar de alguna manera. Pero también, y evidentemente, volviendo a los papeles que tienen las comunidades cristianas en sitios donde hay gente que sufre, el tema de mi charla lo he elegido desde un compromiso común para todas las religiones humanas. Es decir: estoy hablando de dónde está la dimensión humana en nuestra fe y en nuestra devoción, en nuestra religión. Por eso me gustaría que hablásemos sobre qué significa para nosotros ese compromiso conjunto de tener una religión más humana y en todo el mundo, como podemos imaginar, sin duda, hay sufrimiento como resultado de la violencia generada por la guerra, catástrofes naturales... Y desgraciadamente la religión, que se supone que debería ser lo que nos une, también está mezclada con el sufrimiento humano. ¿Por qué? Porque no hemos conseguido entendernos los unos a los otros. Hemos trabajado en paralelo (lo dejamos en paralelo) lo que significa para nosotros la fe y se nos olvida lo que significa nuestra fe para otras fes. Pero estoy muy contento de oír en el Congreso de hoy que el debate gira en torno a la vida humana, a nuestra identidad compartida, a nuestro amor hacia otros seres humanos que están necesitados. Y creo que podría ofrecer tres escenarios diferentes que nos pueden ayudar a tratar de analizar y ver dónde estamos con respecto a dar esa dimensión humana a nuestra religión.

De lo primero que quiero hablar es a reimaginar la religión. El mundo, tal cual es, está pasando por un proceso de deshumanización debido a la religión, en el género, en la región y en su historia. Javier lo ha dejado muy claro. Ha hecho referencia a la gente que muere en el Mediterráneo, en los campos de refugiados, en todas las partes del mundo. Esto sigue ocurriendo.

Y, como está pasando, la cuestión aquí es: ¿cuál es nuestra motivación principal para practicar nuestra religión? ¿Es más fuerte a nivel espiritual tener ese poder o aliviar el sufrimiento humano? Creo que después de haber oído lo que han dicho todos los oradores anteriores, se trata de hacer algo por los demás; por los demás seres humanos. Creo que, cuando analizamos esta re-humanización, tenemos que ver cómo podemos proteger la solidaridad de los creyentes locales y regionales, las personas que adoran a Dios y que rezan a Dios. No solamente la gente que está en los niveles más altos de la Iglesia, sino aquellos que están en el pueblo. ¿Cómo podemos movilizarles a ellos? ¿Cómo podemos protegerles e involucrarles?

En las Sagradas Escrituras, la Biblia dice: “Jesús alimentó a 5.000 personas con unos pocos panes y con unos pocos peces”. Pero hoy quizá sea lo contrario. A lo mejor hay 5.000 personas que están alimentando a los líderes religiosos de hoy, al contrario de lo que hizo Jesús. Jesús, con cinco panes y dos peces consiguió alimentar a 5.000 personas pero, ¿qué es lo que está ocurriendo hoy? ¿Ocurre lo mismo o le hemos dado la vuelta a esto? La fe nos ha apartado, nos ha dado el privilegio de tener más poder, de ser más santos, de distanciarnos también de las personas que nos necesitan.

Antes de ir demasiado lejos quiero mostrar un breve vídeo de un minuto y después hablaremos un poco más de lo que estamos haciendo en nuestra comunidad. Vamos a verlo y después podremos hablar sobre ello.

Creo que nos da la oportunidad de ver que este es el continente de donde yo vengo: África. Esta es la vida en la que yo me crie y esto está ocurriendo ahora mismo en uno de los países africanos. Vamos a pausar ahí donde el hombre está intentando tapar a los niños, porque quiero que os sintáis como esa persona durante un minuto. A lo mejor un minuto es demasiado, pero seamos esa persona durante cinco segundos. Tienes a dos niños contigo, no sabemos qué le ha pasado a su madre, a lo mejor ya está muerta. Él ha tenido que tomar la decisión de ponerse por encima de sus hijos pensando que a lo mejor le podían disparar a él para salvar a los niños. Y sé que nos rompe el corazón, y sé que no es lo mejor que podemos hacer, quizá, pero pongámonos en la situación de ser el padre o la madre de esos dos niños. Imaginemos que son nuestros primos, o nuestros sobrinos, o nuestras sobrinas, o nuestros hijos. ¿Qué querría decir eso? Vamos a repetir esa parte.

Creo que deberíamos ver este vídeo y así después hablar de los pobres y de las personas vulnerables. Solamente pido que imaginemos que son nuestros hijos. Imaginemos que somos ese hombre en esa situación durante diez segundos. ¿Qué haríamos? ¿Qué estarían pensando nuestros hijos de nosotros? Está intentando hacer que estos niños se tumben en el suelo para que

no les disparen y se mueran. Esta es la realidad en la que estamos. Esta es la naturaleza inhumana en la que los niños nacen y crecen en medio de estos campos. Esto lo que ven: a sus padres luchando para protegerles, para alimentarles, para hacerles recorrer esa vida tan dura... Y la pregunta es: ¿cómo esperamos que ese niño crezca y se convierta en alguien que luche por la paz? Y me hago esta pregunta porque esta es la vida en la que yo me crie. Hice la promesa a mis padres de no aprender nunca a disparar una pistola y no sé hacerlo. De hecho, decidí convertirme en alguien que lucha por la paz y es lo que estoy haciendo: intentar construir paz.

Así que la primera idea era: ¿cómo podemos utilizar la religión para rehumanizar a la humanidad, para volver a humanizar a las personas? ¿Qué podemos hacer ahora para lanzar un mensaje que sea útil a los jóvenes, para que crezcan y abracen una sociedad en la que la fe y el amor por el ser humano dirijan a la humanidad? Aquí es donde estamos. Podemos sentir el dolor. Hemos visto a muchas personas corriendo y disparando, pero el momento, para mí, más doloroso es cuando ese hombre no podía hacer nada más que taparse los oídos e intentar taparles los oídos a los demás. Y los niños, nerviosos, mirando alrededor para ver lo que está pasando, por qué hay todos esos disparos. Porque él no podía controlarlo, los niños estaban perdidos y ese es el entorno en el que se crían.

En segundo lugar quiero hablar, además, de rehumanizar la religión. Quiero hablar sobre cómo podemos crear un mundo en paz, en el que haya una coexistencia religiosa en paz no solamente entre las religiones, sino también dentro de nuestras propias religiones. Y es que la religión católica se ha convertido en el líder. El papa Francisco se ha convertido en ese líder de ese compromiso global de recuperar la fe en la dignidad humana. La pregunta es: ¿cómo nos podemos asegurar de fortalecer las creencias religiosas que mueven a la sociedad? ¿Cómo podemos ampliar la amistad entre las redes religiosas, entre los creyentes, crean en lo mismo que nosotros o no? ¿Qué les damos? ¿Les damos amor o les vamos a dar odio? ¿Venganza o apoyo? Por encima de todo lo demás, ¿cómo podemos promover la identidad religiosa y los valores al mismo tiempo que protegemos todos los derechos humanos? Esta es la conversación que mantuve en Arabia Saudí. Estábamos hablando de la fe, de la cultura, pero ¿dónde están los derechos humanos en la cultura? Creamos en Dios o en Alá, Dios es un dios de justicia, es un dios de paz y es un dios de amor y de dignidad. Así que lo hemos hablado y estamos avanzando. Estamos creando solidaridad pero, ¿estamos haciendo lo suficiente? ¿Estamos yendo lo suficientemente lejos como para llegar a las distintas comunidades?

Me gustaría contar una historia. En Uganda ahora mismo tenemos 5.200.000 refugiados de Sudán del Sur. Y es verdad que están en mi comunidad y trabajo todos los días para movilizar a los jóvenes e intentar promover la paz, una cultura de paz, dentro de sus corazones. Algunos creen, otros no. La mayoría de los que no creen son personas que crecieron, como este niño, bajo el ruido de las armas y bajo el fuego de estos rifles. Es muy difícil creer cuando uno está expuesto a este tipo de circunstancia. Hace cuatro meses –con el trabajo que estamos haciendo para apoyar a las comunidades de Sudán del Sur, en Uganda, y también intentando promover el programa de paz con los jóvenes en Uganda, la República Centro Africana, Burundi y otros lugares–, recibí una llamada de un joven que me dijo: “Víctor, ¿estás en Uganda?”. Le dije: “Sí”. Y me dijo: “Quiero reunirme contigo”. Y le dije: “Claro que sí, reunámonos”. Le conocí y me dijo: “Hay algunos jóvenes que quieren reunirse contigo. Son de Sudán del Sur”. Y le pregunté: “¿Dónde están? ¿Están en Uganda o en Sudán del Sur?”. Y me dijo que estaban en Sudán del Sur. Dije: “¿Están en la capital? ¿Les puedo ver en la ciudad, en algún sitio?”. Y me dijeron: “No, son rebeldes. Están escondidos entre la maleza, en la jungla y quieren reunirse contigo”. Y yo dije: “De acuerdo, vale, son rebeldes, están escondidos y se quieren reunir conmigo. Entonces será más complicado”. ¿Qué es lo que hice? Dije: “Vale, voy a reunirme con ellos”. Y no podía ir en avión, pero crucé la frontera entre Uganda y Sudán del Sur. Había cuatro motos esperándome allí en la frontera y me llevaron en moto.

Cada una de las motos llevaba tres hombres armados. Yo iba en una moto con un hombre armado mirando para allá y el otro mirando hacia el otro lado, cargadas, y dos motos por delante y dos por detrás. Yo era el que estaba en la motocicleta del centro. Me estaban escoltando como a un presidente por primera vez. Me llevaron durante una hora hacia el centro de Sudán y me reuní con un grupo de personas que eran jóvenes rebeldes, militantes. Me vieron, me miraron, y me dijeron: “Anda, has venido”. Y dije: “Sí”. “Pero, ¿por qué has venido?”. Y dije: “He venido porque me habéis llamado”. Y me dijeron: “Sí, llamamos, pero ¿por qué has venido?”. La pregunta no era agradable y les dije: “Bueno, he venido porque confío en vosotros”. Y entonces les pregunté: “Y, ¿por qué me habéis llamado?”. Y me dijeron: “Ya has contestado. Te llamamos porque confiamos en ti”. Así que era esa confianza mutua. Yo confiaba en ellos y ellos confiaban en mí. Y entonces les pregunté: “¿Qué puedo hacer por vosotros?”. Y me dijeron: “Somos rebeldes, somos jóvenes y estamos aquí. Ya has visto que por donde has venido no hay escuelas, no hay casas, no hay caminos. No te hemos llamado porque queramos poder. No te hemos llamado porque queramos dinero ni porque queramos fama.

Te hemos llamado porque queremos tener voz”. Eso es lo que me dijeron. Y me lleva al mensaje que se ha leído antes del papa Francisco: “Dadles voz a aquellos que son vulnerables”. Y cuando me dijeron que querían tener voz, dije: “Bien, ayudaré en lo que pueda”. Tengo acceso a algunos foros y estoy encantado de contar esta historia hoy aquí en España.

Y después me hicieron una pregunta: “Dinos por qué no luchaste cuando estabas viviendo en el campamento. Tenías todos los motivos para luchar”. Y les dije: “No luché porque creo que he sufrido dolor suficiente y no debía convertirme en otra fuente de dolor”. Y me dijeron: “De acuerdo”. Y entonces empezaron a preguntarme: “¿Por qué nuestro Gobierno nos llama rebeldes? ¿Por qué las Naciones Unidas nos dicen que somos extremistas violentos? No voy a mencionar nombres pero, ¿por qué nos llaman terroristas? Nos llaman extremistas, violentos, rebeldes, terroristas... Lo único que quieren hacer es matarnos, pero somos una generación a la que no nos han comprendido. Nunca nos han dado la oportunidad de ir a las escuelas, al colegio. Nunca nos han dado la oportunidad de tener una casa, de dormir en una casa. No tenemos carreteras, ni escuelas, ni hospitales, ni comida. Estamos aquí y lo único que tenemos son las armas; las armas son nuestro Gobierno, las armas son nuestro alimento, las armas son nuestro refugio y las armas son nuestras carreteras. Sin armas no podemos movernos y aun así nos llaman terroristas, extremistas, violentos y nos quieren muertos”. Y yo les dije: “Entiendo vuestro dolor. Yo pasé por lo mismo. Pero igual que habéis confiado en mí, cuando fue duro para mí ¿qué hice? Decidí ir al campamento para vivir como refugiado. Eso es lo que yo hice en los momentos que eran más duros para mí. Creo que vosotros también tenéis la oportunidad de hacer lo mismo. Nada sería más trágico que la sensación de tener que seguir en el campo de batalla porque, o bien matas o te matan”.

Y volví a Uganda y hace dos meses, en septiembre, de hecho, recibí una llamada. “Unos 300 de nosotros ya hemos cruzado a Uganda”. Y yo estaba diciendo: “¿Cómo? ¿Habéis cruzado a Uganda? ¿Como rebeldes? ¿Con las armas?”. Y dijeron: “No, hemos cruzado siguiendo tu consejo. Podemos apartarnos del campo de batalla y hemos venido a Uganda como refugiados. Ahora estamos en los campos de refugiados. Somos refugiados en Uganda”. La verdad es que me sentí inmensamente feliz por primera vez. Dije: “Tomé una decisión de riesgo, que era ir al campo de batalla, meterme en la jungla para conocer a los rebeldes y no decírselo ni a mi Gobierno ni a las Naciones Unidas, a nadie de mi familia ni de mi equipo, arriesgando mi vida, sin saber que iba a conseguir hacer que 300 personas se apartasen del campo de batalla”. Fue por esa confianza por la que yo fui y por esa con-

fianza misma por la que ellos me llamaron. Tuve fe en mi decisión y por ese motivo fui capaz de atreverme todo lo que pude. Así que fue la confianza, la fe y el riesgo que asumí lo que hizo que ellos saliesen de allí.

La semana pasada conocí a su líder y me dijeron: “Ahora somos unos 614 que ya estamos aquí en Uganda”. Seguían viniendo. No es una iniciativa del Gobierno ni de las Naciones Unidas. Es una iniciativa local que se basa en confianza, en identidad, así que encaja con los temas de los que se hablaba antes: la identidad es importante. Tenemos que identificarnos con las personas vulnerables. Eso es lo que realmente es importante. Creo que debía compartir esto con todos ustedes para que veamos que, a medida que seguimos avanzando, tenemos que asegurarnos de que salimos de esa lucha, de esa violencia.

Y el último punto que quería comentar es: ¿cómo podemos utilizar nuestra religión para promover la solidaridad religiosa, la fe, el amor y la esperanza entre los jóvenes del mundo? Esa es la tercera idea. La primera idea que quería trasladar era volver a humanizar la fe; el segundo punto era promover la coexistencia religiosa y la tercera idea es utilizar nuestras iglesias, nuestras capillas, nuestra fe para llegar a los jóvenes y plantar en ellos la semilla de la paz, del amor y de la bondad. Si a estos niños, los que hemos visto en el vídeo, no les damos la oportunidad de entender la paz ahora, van a convertirse en los culpables adultos del futuro, así que la fe, para mí, significa algo muy especial. Recuerdo cuando era joven, cuando era un niño. Lo habíamos perdido todo. No teníamos casa, no teníamos comida, no teníamos colegio, no teníamos ropa... Lo único que teníamos era la fe. Teníamos fe en el futuro.

Mi madre rezaba en todos los accesos a las carreteras que iban hacia nuestra casa antes de dormir, todos los días. Y rezaba en cada uno de los accesos de dónde estábamos para que los niños estuviesen protegidos. Y veo a mi madre en este hombre que intentaba proteger a sus hijos de las balas. Así que, ¿por qué es importante plantar esa semilla en los jóvenes? Porque con esta voluntad es como conseguiremos crear ese tejido que traiga una nueva era de paz en la que todas las personas, de cualquier religión, puedan disfrutar de la vida. Eso es lo que podemos hacer. Y después, a través de los jóvenes, cuando les inspiremos y les contemos la belleza del amor y de la fe, la belleza del perdón, está bien pedir que nos perdonen, pero es más importante aún entender por qué perdonamos a los demás.

No podemos pedir que te perdonen constantemente. Hay que entender también qué quiere decir que le perdonen a uno, y esto es algo que hay que alimentar en los niños. Y no hay ninguna institución mejor para hacerlo que la Iglesia. Ninguna más que la institución de la fe. Porque la ley no puede legislar cómo criarme, pero puede protegerme; pero, lo que es más impor-

tante, mi alma, mi corazón, mi fe en la vida humana viene del espíritu que está en mi corazón.

Si conseguimos llegar a estos jóvenes y criamos a una generación de personas que luchen por la paz, y plantamos la semilla de la paz hablando del significado del perdón y por qué deberíamos perdonar a alguien, estaremos plantando las semillas de la paz, y crecerán y se convertirán en árboles de paz y, antes o después, se convertirán en bosques enteros de gente que lucha por la paz en nuestra sociedad. Esto es lo que podemos hacer.

La religión o las iglesias tienen que funcionar en la realidad. Hoy tenemos crisis, personas que pasan hambre, que están muriendo y que se están dividiendo más. ¿Cuándo vamos a dar ese paso y hacer algo al respecto?

Estos jóvenes me dijeron: “Danos una voz. Di nuestro mensaje”. Y creo que hoy les he dado voz hablando con todos ustedes, pero la pregunta es: ¿Qué van a hacer? ¿Cómo van a responder frente a este mensaje que les está llegando? Por encima de todo, nuestras religiones y nuestras iglesias deberían crear un espacio que nos permita volver a ser humanos. Yo saco mi fuerza de saber cuánto me quiere y cuánto se preocupa la gente por mí. Y eso me dice cuánto debería preocuparme yo por los demás. Los últimos diez años, o más, mi trabajo ha sido dar apoyo a las víctimas de la guerra. Hoy estamos proporcionando rehabilitación quirúrgica a personas cuyos labios y orejas habían cortado los rebeldes; de las que habían abusado sexualmente... Hemos estado con muchas personas en toda Uganda, les hemos sanado y tienen una vida normal en la sociedad, y hoy me gustaría terminar diciendo que estamos aquí corazón con corazón; estamos unidos por ese sentimiento de humanidad, creemos en nuestra fe y creemos que la fe es importante para crear sociedad. Y mi plegaria es que reflejemos el amor que nos ha dado Dios para ser una nación de paz, una nación en la que no nos falten tantas cosas y que nos pongamos en pie para seguir orando y persiguiendo las oportunidades de paz y de justicia para las personas que sufren y que viven una vida de injusticia.

Muchas gracias y espero poder seguir hablando con todos ustedes.

Que Dios les bendiga.

[Aplausos]